

Ciclo C. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia, Ciclo C

Rosalino Dizon Reyes.

Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él (Rom 6, 8)

Muchos entonces buscaban que cayera sobre ellos por lo menos la sombra de Pedro. Pero ahora en los EE.UU., por ejemplo, ha subido al 20% la cifra de los que se declaran sin ninguna afiliación religiosa—según sociólogos de la Universidad de California, Berkeley. Y los católicos no desconocemos que crece cada vez más el número de los que dicen que se están recuperando del catolicismo. Con razón consultó con estudiosos el obispo de Trenton, Nueva Jersey, David M. O’Connell, C.M.

Está bien que los expertos busquen explicaciones. No se le debe perder a la Iglesia ningún miembro. Tampoco puede ella dejar de hacer discípulos de todos los pueblos.

Y cuanto más cumple ella con su misión de ser un instrumento de arrepentimiento, perdón y reconciliación, tanto más rebosa de vida y alegría. Así anima a los suyos a quedarse y a otros a adherirse al Señor. Se asemeja asimismo al que, anticipando la necesidad de los encerrados en la oscuridad del miedo y la vergüenza, les desea la paz y les dice efectivamente: «Sed iluminados»; «Salid». Ahuyenta a la gente, en cambio, una Iglesia con cara fruncida de un inquisidor.

Cuanto más nos presentamos con las señales del elevado y traspasado en la cruz que vivió y predicó la buena nueva de misericordia y justicia de modo nunca visto ni oído, tanto más nos manifestamos como el cuerpo auténtico de Cristo. Colaborando con él para el perdón de los pecados y la justificación de muchos, participamos de su atracción y de su bendición de ver innumerables descendientes (Is 53, 10). Los sufridos escarnecidos estiman mucho a la Iglesia que da testimonio de Jesús parecido a sus hermanos en todo, menos en el pecado, y probado exactamente como ellos.

Tal Iglesia es, pues, compasiva. Sirve de voz de las criaturas sin voz en los vientres, las cuales saltan de alegría en la presencia de Jesús. Como él, abraza a los niños, especialmente a aquellos que preguntan a sus madres: «¿Dónde hay pan?», mientras desfallecen y aun expiran en brazos de sus madres (cf. Lam 2, 12). Recibe a los locos a imitación de su Señor que, según san Vicente de Paúl, «quiso verse rodeado de lunáticos, endemoniados, locos, tentados y posesos», para sanarlos (XI, 394). Acoge a forasteros discriminados y a desterrados abatidos, y les alienta con las palabras del Resucitado: «No temáis». Como Jesús que ha venido a llamar a los pecadores y capacitarlos para la vida nueva, está al servicio de los delincuentes. Se acerca, cual el buen Samaritano por excelencia, a las víctimas de las guerras, de la injusticia y la violencia, de desastres naturales y accidentes. Frecuenta «las periferias» para iluminar situaciones donde corre mayor riesgo la fe de los dichosos que creen sin ver, y para rezar con las cosas de la vida

diaria del pueblo, «con sus penas y alegrías, con sus angustias y sus esperanzas», por lo que los deja agradecidos y confiando más en ella (Papa Francisco, Santa Misa Crismal).

Esa Iglesia que no ve ninguna miseria sin tratar de remediarla solo muestra lo que toma de la Mesa del Señor (san Agustín, Oficio de Lectura, Liturgia de las Horas para el Miércoles Santo). Pequeña como una semilla de mostaza, luego será tan grande que atraerá a muchos a anidar a su sombra, como a la sombra del Todopoderoso (Mc 4, 31-32; Sal 90, 1).

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)